

## SERMON DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

PREDICADO EN LA FIESTA DEL COLEGIO EL 14  
DE OCTUBRE DE 1923.

*Benedictus es Domine in throno regni tui.*

Dan. III-54.

Ilustrísimo señor Arzobispo,  
Ilustrísimo señor Rector,  
Respetable Claustro:

No procurando la fama de su munificencia, ni teniendo en mira la gloria que en futuros días habían de tributarle otras generaciones, sino con el fin de encender una antorcha de la verdad y fundar un recio baluarte de la fe, en 1651, el señor arzobispo fray Cristóbal de Torres consiguió la real cédula de Felipe IV para la fundación de este Colegio, y lo puso bajo el patrocinio y nombre de Nuestra Señora del Rosario; y cuando en 1657 él consagró esta capilla con solemne pompa, la dedicó a la Virgen y la ennobleció con su nombre bendito.

Se trataba de una institución científica, de una facultad de filosofía, teología, jurisprudencia y medicina y el nombre para esa universidad no fue otro que el de Nuestra Señora del Rosario. Cabe aquí preguntar cuál sería el móvil para no poner por patrono y titular de esta institución docente a santo Tomás, pues que para la propagación de su filosofía se fundaba, o algún otro santo que hubiera dejado en el mundo la estela de sus escritos, sino a la Virgen María y ésta en su advocación del Rosario?

Sería acaso por acceder a su particular y privada devoción? Pero no era razón suficiente que una insti-

tución hecha para superar las humanas contingencias y vencer inmóvil las vicisitudes del tiempo y de los hombres llevara un lema y un nombre que no tenía otra razón que la particular devoción de uno que había de morir, al paso que su obra era para desafiar los siglos.

Ni fue tampoco por ser la Virgen del Rosario patrona de la orden de santo Domingo a que pertenecía el fundador, pues el Colegio no perteneció a esa orden sino pocos días y lo que el arzobispo fundaba era algo esencialmente distinto de esa comunidad.

En el uso y moda de la Santa Fe de aquellos días entraba la ostentación de la piedad y hubiera sido tal vez mal visto que la fundación de un arzobispo no tuviera un título piadoso. Pero es imposible suponer que un hombre de la grandeza de fray Cristóbal se dejara mover por motivos de esta clase.

Se trataba de una casa en donde la sabiduría tuviera su asiento y desde donde dilatara su imperio, y por este motivo no pudo escoger mejor patrona que aquella a quien la Iglesia oficialmente llama «Trono de la Sabiduría», *Sedes Sapientiae*. Se trataba de enseñar y defender la doctrina católica, de establecer una fortaleza de la fe y un plantel de donde saliera una legión de sabios y doctores a luchar por la defensa de la religión, y para esto no había mejor patrona que la Virgen que, como lo declara la Iglesia, es la «única que tiene el poder de exterminar y vencer sola todas las herejías en el mundo entero»; por esta razón fray Cristóbal en sus constituciones mandó (1) que «en las ventanas y torres de la capilla se pondrán muchos escudos y género de armas, en la una con letra *Mille clypei*: y en la otra *Omnis armatura fortium*,» palabras de los sagrados libros que la Iglesia aplica a la que

(1) Tit. I, punto 3.º

es Auxilio del pueblo cristiano y torre inexpugnable de defensa, terrible como un ejército bien organizado y puesto en orden de batalla (1). Y quiso que no sólo estuviera bajo la protección de María sino que lo fuera en su advocación del Rosario y, en expresión de uno de sus más ilustres rectores, el Colegio desde entonces y por ese hecho quedó tocado de inmortalidad.

Como todas las grandes instituciones, este Colegio necesita apoyar el edificio de su actual grandeza en el cimiento de sus antiguas glorias, y juntar lo nuevo de su progreso, de su juventud, de sus adelantos científicos con lo antiguo de sus constituciones, de su régimen, y de su espíritu, unido todo por la religión católica que no es nueva ni vieja porque es eterna como su Fundador, y todo al pie y bajo la amorosa protección de la Virgen del Rosario que desde su primera piedra hasta su última empresa es el centro y el eje y la vida y el norte de cuanto bajo su mirada se hace, se piensa o se desea.

Conviene que recordemos cómo la Virgen María es, primeramente trono de Dios, sabiduría eterna, y luego, cómo es, si así pudiéramos hablar, el centro de la fe católica.

## I

Salomón, uno de los más felices monarcas del opulento oriente, para manifestar la grandeza de su gloria y el esplendor de su poderío, se construyó un palacio semejante al templo que, movido de su piedad y gratitud para con Dios, había construido cumpliendo el voto de David, su padre. En la construcción de este palacio agotó los recursos de su milagrosa sabiduría, trajo los más hábiles artistas, las más preciosas maderas

(1) Cant. VI-3.

y el más fino oro, y se extendió por el orbe de la tierra la fama de su esplendor, de modo tal, que la reina de Sabáa, creyendo exagerada esta fama, vino a Jerusalén, y vino con alarde y gran jactancia de lujo y suntuosidad; y cuando entró al salón del trono y vio al rey, cayó desmayada y sin sentido, deslumbrada por tanto esplendor y ofuscada por tanta magnificencia (1).

Lo que el rey hebreo hiciera para ostentación de sus riquezas y esplendor de su imperio, eso hizo Jesucristo, quien para venir a la tierra, se preparó un trono con todo el esfuerzo de su sabiduría y con todo el lujo de su infinita omnipotencia, porque a la Virgen María no la creó en vano sino que la hizo para habitar en Ella (2). Y tan glorioso fue este trono que los ángeles al ver a María se admiraron de tanta belleza; y cuando Dios se hizo hombre, encontró en la tierra un trono mejor que el que tenía en el cielo, no porque mejorara de condición sino porque en el cielo le sirven de trono los querubines y serafines (3) y en la tierra estuvo en brazos de la Virgen María.

Ese fue el trono desde donde comenzó como hombre a iluminar a todo el que viene a este mundo (4) y desde él comenzó a ejercer las prerrogativas teándricas.

Al hacerse hombre en las sagradas entrañas de María, como príncipe de la paz (5) reconcilió allí la humanidad con Dios, y desde ese trono selló el decreto de nuestro perdón y desde allí declaró la reconquista del mundo que antes el poder de las tinieblas había conquistado en el paraíso, y sirviéndole Nuestra Señora

(1) III Reg. I.

(2) Is. XLV, 19.

(3) Is. 37, 16.

(4) San Juan, I, 19.

(5) Is. IX, 6.

de primer trono real, comenzó Dios a ser Rey humano de los hombres.

Llevado por la Virgen, trono de la eterna sabiduría, iluminó con espíritu profético a santa Isabel y santificó y consagró al mayor de los profetas y al mas santo de los hombres, Juan Bautista (1), porque entonces como dijo Salomón *Dios envió su sabiduría desde el trono de su grandeza* (2).

Y cuando los ángeles vieron al Niño Dios en su trono real, en brazos de su Madre, bajaron del cielo a tributarle homenaje, y cantaron todas las milicias del Señor de los ejércitos: «Gloria a Dios en las alturas» (3).

Cuando los pastores acudieron a conocer al Rey de los hombres anunciado por el ángel de luz en la vigilia nocturna, lo vieron puesto en el pesebre pero rodeado de las caricias maternas, y se postraron reverentes y le ofrendaron sus sencillos obsequios (4).

Los sabios monarcas de oriente que guiados por la estrella vinieron a Jerusalén a ver al Rey grande anunciado por los cielos, despreciaron a Arquelao, hijo de Herodes, que en suntuoso palacio lloraba en cuna de oro y marfil y fueron a Belén con inmensa comitiva, tanta que como vio Isaías, una inundación de camellos cubrió la ciudad santa (5), y con inmensas riquezas, tan grandes que ellos se jactaron de ellas ante Herodes: «Venimos con tesoros a adorar al Señor,» y cuando en la miseria del albergue vieron al Niño en su trono real, en brazos de su Madre, se postraron en tierra y le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra, y desde aquel trono el Rey de los siglos inmortal a quien se debe

(1) Luc. I, 41.

(2) Sap. IX, 10.

(3) Luc. II, 4.

(4) Luc. II.

(5) Is. LX, 6.



todo honor y toda gloria impartió su primera bendición a las gentes, y recibió desde él el primer homenaje de las naciones y el primer tributo de los pueblos que vivían sentados en sombras de muerte (1) y que entonces comenzaba a llamar y a iluminar (2).

Cuando la Virgen tuvo al Niño Dios en su regazo, a fuerza de caricias lo hizo sonreír, como a todas las madres les gusta hacer con sus hijitos, y entonces, le sirvió Ella de primer sitio y de primer testigo de la primera manifestación sensible que Dios hacía de su reconciliación con la humanidad, porque ante su Madre cambió Dios el ceño de la indignación contra el mundo prevaricador en la sonrisa del cariño.

Cuando según la predicción del profeta Malaquías (3), el templo de Jerusalén tuvo su más grande y cumplida gloria por haber entrado en sus naves el Dominador y el Ángel del testamento, éste entró en su trono de gloria, llevado por la Virgen María y entonces se iluminó Simeón al estar ante la Sabiduría eterna y profetizó también Ana y se llenaron sus corazones de alegría y sus almas de luz y resonaron sus himnos triunfales porque habían visto sus ojos la salvación del mundo y el esplendor de la luz eterna para iluminación de las gentes y gloria de la familia humana (4).

Cuenta una antiquísima tradición (5) que cuando fue el Niño Dios desterrado al Egipto, al entrar llevado por su Madre o como lo expresa bellamente Isaías, llevado sobre una nubecita blanca, cayeron los ídolos innobles en los que Satán había usurpado los honores divinos, y tembló el poder del abismo al ver a la Sa-

(1) Luc. I, 79.

(2) Luc. II.

(3) Malac. III, 1.

(4) Luc. II, 29.

(5) Uno de los evangelios apócrifos.

biduría de Dios atravesar por entre sus monumentos en su trono regio.

Cuando murió Jesucristo todos lo blasfemaron e insultaron, y no bastaron las horribles tinieblas ni que se estremeciera la tierra para que aquellos dejaran sus ultrajes y sus burlas, pero cuando ya muerto el Señor depositaron su cuerpo en su trono de misericordia, en brazos de su Madre, cuenta el evangelio (1) que bajaron del monte dándose golpes de pecho y diciendo: «Verdaderamente ése era el Hijo de Dios.» Y allí se le tributó la primera adoración que recibió después de redimido el mundo; homenaje que era de la ley antigua representada en el sabio escriba Nicodemo, y en el decurión de la nobleza José de Arimatea, y de la Iglesia también representada por los únicos fieles allí presentes. Y era natural que este homenaje de ambos testamentos lo recibiera desde el trono que El se había preparado desde toda eternidad con tanto lujo de omnipotencia.

Con razón, pues, podemos exclamar con el profeta Daniel (2): «Bendito eres, Señor, en el trono santo de tu reino;» pues en el sol puso el Señor su trono para que no haya nadie que se esconda a su influencia y poderío (3). Vayamos pues con confianza al trono de la gracia para encontrar auxilio en tiempo oportuno (4).

## II

Pero no sólo en sentido material fue la Virgen María el mejor trono de Dios y el más digno santuario que el Omnipotente encontró en el cielo y en la tierra y desde donde quiso comenzar a repartir sus misericor-

(1) Mat. XIII, 54.

(2) Dan. III, 54.

(3) Ps. 88, 38 y Ps. 18, 6.

(4) Hebr. IV, 16.



días al venir a este suelo, sino que de tal manera la engrandeció que quiso poner en Ella, si así pudiéramos decir, como el centro de la fe cristiana de modo que así como nadie puede salvarse sino en el nombre de Jesús (1), así no pueda ninguno pertenecer a la Iglesia verdadera, ni profesar su fe, sin confesar las inmensas prerrogativas de la Madre de Dios (2) y que todo el que las niegue, ya por ese hecho naufragó de la fe y perdió el camino de la vida (3), y sólo los que la hallan a Ella pueden encontrar la vida y recabar del Señor la salvación (4).

Esto lo afirmamos teniendo por testigo a la historia, la que nos muestra que todas las herejías, desde las que combatieron los apóstoles, hasta las que hoy esta venciendo la Iglesia, han negado a la Virgen sus glorias y que en todas sus batallas la Iglesia la ha puesto por defensora y por guía de sus ejércitos.

Los primeros ataques del error contra la Iglesia, que Cristo pusiera por fundamento de la verdad (5) fueron las herejías de los ebionitas, docetas y gnósticos que negaban la divinidad y hasta la humanidad del Salvador; contra ellos tronó san Pablo (6), contra ellos escribió san Juan su evangelio, y a los demás apóstoles les tocó velar por la pureza de la fe que habían predicado, defendiendo que Dios se había encarnado, pero haciéndose hijo de María, y los primeros herejes dieron el ejemplo que rigurosamente han seguido todas las herejías, de atacar a la verdad inmutable negando por uno u otro camino la maternidad divina de Nuestra

(1) S. Pablo. Act. IV, 12.

(2) S. Greg. Naz.

(3) S. Atanasio.

(4) Prov. VIII, 35.

(5) I Tim. III, 15.

(6) Tim. IV, 20.

Señora; por eso san Juan (1) nos dio la clave para reconocer el espíritu del mal: «Todo espíritu, dice, que confiese que Jesucristo vino en carne, de Dios procede,» y quedó desenmascarado el padre de la mentira, y los santos padres y la Iglesia reconocen desde entonces por esta señal de dónde procede cualquier doctrina: si niega que Dios es hijo de María procede la afirmación del espíritu de tinieblas, y el que confiese que Dios es hijo de la Virgen, ese, según la afirmación apostólica, habla según el espíritu de Dios.

De siglo en siglo los herejes han recogido esta herencia y se han señalado con esta misma divisa. Por eso en el siglo II oímos a san Justino contra marcionitas y demás herejes defender a la Iglesia asentando el mismo dogma. Y vino Arrio a quien por inescrutable arcano se le permitió inmenso poder para el mal, negó la divinidad de Cristo y por el mismo hecho no reconoció a la Virgen Madre de Dios y subyugó gran parte de la Iglesia a la ceguera de su malicia de modo que como dijo san Jerónimo, el mundo cristiano no se estremeció el sentirse casi todo arriano. Los concilios de Nicea y Constantinopla declararon fuera de la verdad a los que no se adherían al fundamento que Dios puso y que nadie puede cambiar, pero no pudieron volver la paz a la Iglesia perseguida. Y el blasfemo Nestorio se levantó poderoso con la distinción entre Cristo Dios y Cristo hombre negando ya de manera explícita el título de Madre de Dios que a Nuestra Señora tributaba la Iglesia con rendida fe. Y fue ésta como síntesis de las anteriores herejías y renovación de todos los anteriores ataques. Contra el patriarca de Constantinopla y su inmensa falange, se levantó el patriarca de Alejandría que afirmó de manera abierta que María era real y verdaderamente

(1) I Ep. IV.

Madre de Dios y rechazando el título de Madre de Cristo que le daba Nestorio. Se turbaron las conciencias ante tan recia batalla y vaciló la fe de muchos que creyeron temerario el aserto de Cirilo y el universo entero asistió y tomó parte en esta lucha. Para conjurar el peligro de la Iglesia y evitar el naufragio de la fe de muchos pueblos fue convocado el concilio de Efeso, que tenía la misión de mostrar la verdadera luz en esa tempestad y pacificar los ánimos confusos y vencer tantos y tan poderosos enemigos y esto lo consiguió de un solo golpe, no con largas disputas ni con argumentos, sino definiendo una sola palabra, palabra que iluminó a la Iglesia, palabra que bastó sola para prostrar a sus adversarios y dar la paz al mundo cristiano. Esa palabra Θεοτόκος, Madre de Dios. La alegría frenética de entusiasmo de las multitudes que se agolpaban al rededor del recinto y que esperaban la defensa de María por el fallo infalible de la Iglesia congregada, hizo que las muchedumbres acompañaran a todos los padres hasta sus diversas residencias con hachas encendidas y gritando la segunda parte del avemaría, que entonces tuvo su origen, y ante las imágenes de María se encendieron por toda la ciudad pebeteros con perfumes. Y esta palabra, Madre de Dios, siguió siendo el grito de lucha y el himno de triunfo de la Iglesia a través de la edad media, hasta que santo Domingo la cogió como señal de guerra contra la herejía de su tiempo, porque no encontró medio mejor y más apropiado para luchar contra el error; y el rosario vino a ser sólo el eco del grito que resonó en Efeso, que resonó después por disposición de san Pío V, mientras en Lepanto se libraba el combate, no tanto del oriente contra el occidente, sino del corán contra el evangelio, y allí sirvió el rosario de conjuro de guerra y de arenga militar y de orden de batalla y de himno triunfal y de

tributo de acción de gracias. Y cuando el poder musulmán quiso volver sobre el occidente la Iglesia lo resistió con la misma arma en repetidas ocasiones en las que el poder otomano opuso el poder del rosario.

Cuando la potestad de las tinieblas para perdición del mundo encarnó en el apóstata Lutero, lo indujo desde luego a negar a María sus prerrogativas, tal vez porque como Dios no puede dejar que se pierda el que venera a su Madre, por eso ha permitido que los que se han de perder se sustraigan voluntariamente de amorosa defensa. Infelices protestantes que según el ejemplo de su padre y fundador, y siguiendo la tradición de los herejes rechazan a la que Dios desde la cruz constituyó con su palabra omnipotente Madre de nuestro desgraciado linaje. Fatal augurio y estigma de perdición es para ellos el renegar de su Madre. Entre la innumerable multitud y confusión de errores protestantes, sólo en dos cosas están acordes: en negar la Iglesia que Jesucristo fundó y en blasfemar de la Virgen.

El modernismo que no ha sabido sino hacer de modo nuevo una confusión de todos los antiguos errores, coincidió con ellos en este punto y recibió la herencia de perdición de todos los heresiarcas y negó la maternidad divina. Y la Iglesia triunfó de estos últimos errores, pero tuvo que acudir como siempre a María y definir su Inmaculada Concepción por Pío IX y propagar el rosario por León XIII y fomentar su culto por los siguientes pontífices y declararla solemnemente por Pío X intercesora universal de todas las gracias, en el momento preciso en que el modernismo negaba todos los dogmas.

El poder del mal ha contribuido, con todos y cada uno de los errores que ha inventado, a promover la gloria de María, pues parece que para Ella también fue dicho por el Señor: «Siéntate en mi trono a mi derecha

porque quiero poner a todos tus enemigos a tus pies» (1). Desde el primer enemigo, el que en el paraíso oyó: «Ella será la que quebrantará tu cabeza» (2), hasta la bestia que vio san Juan en el apocalipsis que luchará contra la mujer vestida del sol con doce estrellas por corona, y que al fin será vencida para siempre, porque entonces un ángel jurará por el que vive en los siglos de los siglos que ya no hay más tiempo» (3), sellándose el último día de los tiempos con la última victoria de la que Dios puso por vida y esperanza de los predestinados, a la que han de llamar bienaventurada todas las generaciones (4), y cuya alabanza nunca terminará en la boca de los hombres (5) porque el Señor la bendijo con todo su poder y por mano de esta mujer redujo y aniquiló a todos sus enemigos (6).

Es, pues, la Virgen María, como la llama san Proclo «sostén de la fe católica, diadema de la Iglesia y su nombre es la expresión completa de la ortodoxía.» Causa de la inspiración poética cristiana, dadora de todos los bienes de Dios, según el sentir de los santos padres y la definición reciente de la Iglesia. Es Ella la que otorga la sabiduría y la ciencia, pues que a Ella le tocó enseñar las primeras palabras y a pronunciar el nombre de Dios, nada menos que a Jesucristo en cuanto hombre y le enseñó a conocer las letras hebreas y a leer las escrituras, pues como dice el evangelio: el Niño Dios adelantaba en ciencia delante de Dios y de los hombres (7), y esto naturalmente debido a su

(1) Ps. 109, 1.

(2) Gen. III, 15.

(3) Ap. X, 6.

(4) Luc. I, 46.

(5) Jud. XIII, 25.

(6) Jud. XIII, 15.

(7) Luc. II, 52.

Madre que era quien le enseñaba. Y a Ella le tocó enseñar también a los apóstoles en la infancia de la iglesia pues por algo quiso el Espíritu Santo encontrarla presidiendo a los apóstoles el día de Pentecostés (1) y para algo la tuvo tantos años en el mundo después de la Ascensión. Trono de la eterna sabiduría puesta por patrona de este Colegio para que en él se cumpla lo que dice san Bernardo: «Mientras la sigas a Ella no errarás.» Al pie de la Bordadita vinieron nuestros padres a aprender la ciencia que los hizo grandes y el patriotismo que los hizo héroes, y los que hemos recibido esa tradición también nos hemos postrado al pie de la bendita imagen para recabar de Ella la ciencia y la virtud y la confesamos defensora de la fe, sostén de la Iglesia, esperanza nuestra y Reina coronada de Colombia.

JOSE EUSEBIO RICAURTE, M. A.

## LOS TRES REYES DE ORIENTE

### I

Es la Nochebuena de 1916; una noche glacial, obscura y lúgubre, sin villancicos ni serenatas, sin risas ni crócalos, sin panderetas ni albugues. En el silencio de la tierra triste, sólo se escucha, de tarde en tarde, un zumbido lejano, un ronco tremor que se extiende con aciaga pesadumbre en el aire gélido y sonoro.

Por un camino, en la desierta llanura, viene de Oriente una caravana. Bajo el cielo adusto, huérfano de sus claros luminaires, sólo se ven o se adivinan las siluetas: unos caballos vigorosos, unos dromedarios de

(1) Act. I, 14: